

## CAPÍTULO II.

## EL PRIMER CÓNSUL.

## § I.—El consulado y la paz.

## N.º 1.—El primer cónsul.

El primer grito de la Revolución francesa fué la paz y la reprobación de las conquistas. Esas aspiraciones pacíficas eran tan poderosas, que se manifestaron hasta bajo el reinado de la fuerza. El general Bonaparte llegó al poder por medio de un golpe de Estado. Esto no impide que su lenguaje sea el de los filósofos y de los constituyentes. Apenas instalado, escribió el primer cónsul al rey de Inglaterra: "La guerra que desde hace ocho años asola las cuatro partes del mundo, ¿debe ser eterna?... ¡Cómo pueden las dos naciones de Europa más ilustradas, más poderosas y fuertes de lo que exigen su seguridad y su independencia, sacrificar á ideas de *vana grandeza* el bien del comercio, la prosperidad interior, la felicidad de las familias! ¡Cómo no sienten que la paz es la primera de las necesidades, así como la *primera de las glorias!*..." (1).

Napoleon, al comenzar su reinado con manifestaciones pacíficas, era el órgano de un deseo univer-

(1) *Choix de rapports et de discours*, t. XVII, p. 130.—THIERS, *Historia del consulado y del imperio*, t. I, p. 44 (edición grande en 8.º).

sal. Así es que la expresaba en todas las ocasiones. No habiendo aceptado la Inglaterra las condiciones que le ofrecía, la guerra estalló. Al empezar las hostilidades dirigió una proclama á los Franceses: "Deseais la paz, dice. El gobierno la desea aún con más ardor. Sus primeros deseos, sus diligencias constantes han sido por ella... El primer cónsul ha prometido la paz; irá á conquistarla al frente de sus guerreros. Con ellos volverá á encontrar esos campos todavía llenos del recuerdo de sus hazañas; ¡pero en medio de las batallas invocará la paz, y *jura no combatir más que por la felicidad de la Francia y la tranquilidad del mundo!*" (1). En el 92, el partido republicano que impulsaba á la guerra esperaba que la lucha que iba á empeñarse entre la libertad y el despotismo sería la última que ensangrentaría la Europa. Ateniéndose al lenguaje del primer cónsul, participaba de esas esperanzas y esas ilusiones. Escribió á los prefectos de los departamentos que había daño

(1) *Correspondencia de Napoleon*, t. VI, p. 215.—*Choix de rapports*, t. XVII, p. 159.

pasos para la paz, que la había querido con franqueza, que la querrá siempre que sea digna de la gran nación: "Después de los triunfos que reconocen sus enemigos, ¿qué otra ambición puede darle que la de devolver á la Francia su antigua prosperidad, de volver á traer á ella las artes y las virtudes de la paz, de curar las heridas que ha hecho una revolución demasiado prolongada, y de *arrancar, en fin, la humanidad toda entera al azote que la devora desde hace tantos años?*... Si continuamos siendo esa nación que ha admirado á la Europa con su audacia y sus triunfos, no tenemos más que presentarnos y el continente tendrá la paz... Llevad á las familias *esta justa confianza, que el gobierno no quiere más que la felicidad pública, que los sacrificios que él pide serán los últimos sacrificios*," (1).

La Asamblea constituyente comprendía que la paz no se aseguraría más que con el reinado del derecho, que el mejor, el único medio de establecerla era el respetar la libertad y la independencia de todos los pueblos. Tales eran también los principios del gobierno consular, si se han de creer sus palabras. Se lee en un dictámen hecho al Cuerpo legislativo por un consejero de Estado esta bella declaración: "La nación francesa no ha emprendido la guerra más que para el *mantenimiento de su independencia y el goce de los derechos que la naturaleza ha dado á todos los pueblos... Esta independencia que la nación reclama para sí, la reconoce en los demás pueblos*... Bajo estas bases ofrece y pide la paz," (2). Es cierto que si esos principios entraban en la conciencia general, la paz sería por eso mismo garantizada. Se esperaba en el año VIII, siempre ateniéndose á las protestas públicas: "*Por la última vez se deja oír la trompeta guerrera; no proclama la carnicería, llama la paz*. La humanidad sonríe á sus aceros; la humanidad que, gloriosa de haber vuelto á tomar su imperio, por demasiado tiempo desconocido, quiere llevar fuera la paz que acaba de establecer dentro. Sus votos serán aceptados. El genio de la guerra, ¿qué digo? el genio de la victoria se convertirá en el ángel de la paz..." (3).

(1) *Correspondencia de Napoleon*, t. VI, p. 214.

(2) Discurso de BOULAY (de la Meurthe), orador del gobierno, en la sesión del 17 ventoso, año VIII (*Archivos parlamentarios*, Recopilación de los debates de las Cámaras francesas, t. I, página 320).

(3) Discurso de CHAMPAGNY, orador del gobierno en el Tribunado, en la sesión del 17 ventoso, año VIII (*Archivos parlamentarios*, t. I, p. 324).

El primer cónsul quedó victorioso. En el campo de batalla de Marengo, rodeado de quince mil cadáveres, escribió al emperador de Alemania: "La guerra ha tenido lugar. Millares de Franceses y de Austriacos ya no existen... Millares de familias desoladas piden á sus padres, sus esposos, sus hijos... Pero el mal que se ha hecho no tiene remedio; que al menos nos instruya y nos haga evitar el que produciría la continuación de las hostilidades... Demos la paz y la tranquilidad á la generación actual. Si las generaciones futuras son bastante locas para batirse, ellas aprenderán, después de algunos años de guerra, á ser sensatas y á vivir en paz. Podía hacer prisionero á todo el ejército de Vuestra Majestad. Me he contentado con una suspensión de armas, teniendo la esperanza que este sería un primer paso hácia la tranquilidad del mundo, objeto que me interesa tanto más, cuanto que, educado y crecido en la guerra, podría suponerme estar más acostumbrado á los males que lleva consigo," (1).

Las armas francesas y el nombre del primer cónsul condujeron al emperador á tratar en Luneville. Tal era el deseo universal de paz, que el gobierno inglés, él mismo, se vió obligado por la opinión pública á firmar la pacificación general en Amiens. En apariencia, Bonaparte había cumplido su juramento. Dirigió una nueva proclama á la nación: "Fiel el gobierno á vuestros deseos y á sus promesas, no ha cedido ni á la ambición de las conquistas, ni al atractivo de las empresas atrevidas y extraordinarias. Su deber era devolver la tranquilidad á la humanidad y unir con vínculos sólidos y durables esta gran familia europea cuya misión es hacer los destinos del universo," (2).

Hemos dejado la palabra al primer cónsul. Sus declaraciones, sus proclamas, sinceras ó no, tienen una grande importancia. Si son la verdadera expresión de sus sentimientos, atestiguan en favor del primer cónsul y contra el emperador, porque son la condenación de sus violencias y de sus excesos; diríase una sátira escrita por el primer cónsul de todo lo que hizo el emperador. Á nuestro parecer, Napoleon continuó la política de Bonaparte, es decir, que sus proclamas y sus cartas pacíficas no eran más que palabras y frases. El gran

(1) *Carta del primer cónsul al emperador*, del 27 prairial, año VIII (*Correspondencia de Napoleon*, t. I, p. 460).

(2) *Correspondencia de Napoleon*, t. VII, p. 402.—*Choix de rapports*, t. XVII, p. 374.

conquistador fué siempre pródigo de promesas de paz. Ya como general del ejército de Italia, escribió al archiduque Carlos una hermosa carta, llena de sentimientos que los filósofos no hubieran desaprobado. Lo que no le impidió emprender, con un fin de ambición personal, la aventurada expedición de Egipto. El primer cónsul tenía siempre la palabra de paz en la boca, y legó este hábito al emperador. Napoleón se apresuró á escribir al rey de Inglaterra, como el primer magistrado de la república le había escrito después del 18 brumario:

“Mi señor y hermano, llamado al trono de Francia por la Providencia y por los sufragios del senado, del pueblo y del ejército, mi primer sentimiento es un voto de paz. La Francia y la Inglaterra gastan su prosperidad. Pueden luchar durante siglos; pero ¿sus gobiernos cumplen con el más sagrado de los deberes? ¿Y no les acusa su propia conciencia de tanta sangre derramada inútilmente y sin la perspectiva de ningún fin? No atribuyo deshonra á dar el primer paso... La paz es el deseo de mi corazón, pero la guerra no ha sido nunca contraria á mi gloria. Conjuro á Vuestra Majestad que no se niegue la felicidad de dar por sí misma la paz al mundo,, (1).

Un historiador francés, que ordinariamente busca razones para justificar al emperador, dice que Napoleón, en el momento mismo en que escribía esta carta, estaba decidido á una guerra á toda costa contra la Inglaterra. Mr. Thiers encuentra que el paso intentado en 1800 por el primer cónsul era muy decoroso, pero que en 1805, estando la guerra empeñada y siendo la paz imposible, las proposiciones de paz hechas por el emperador parecían demasiado visiblemente imaginadas para afectar la moderación ó para tener la ocasión de hablar al rey de Inglaterra de monarca á monarca (2). ¿Es cierto que la carta de 1800 sea más sincera que la de 1805? Es preciso olvidar las campañas de Italia para creer que el primer cónsul haya dicho seriamente que la paz era la primera de las glorias. ¿Y atestigua la expedición de Egipto que á los ojos de Bonaparte la ambición de las conquistas no era más que una vana grandeza? ¿Y fué por asegurar la felicidad de la Francia y la

(1) Carta del 12 nivoso, año XIII (Correspondencia de Napoleón, t. x, p. 124).

(2) THIERS, Historia del consulado y del imperio, lib. XXI (tomo I, p. 762, de la edición grande en 8°).

tranquilidad del mundo por lo que el joven general dejó la Francia y especuló en las derrotas que los ejércitos de la república podrían sufrir durante su ausencia? ¿Creía el primer cónsul que la guerra que iba á hacer sería la última? ¿Era el azote de la guerra tan horrible para su corazón como lo decía á cada momento? ¿No son esas repeticiones incesantes una muestra de afectación en el primer cónsul así como en el emperador? Él mismo va á respondernos á nuestras preguntas.

Napoleón dictó en Santa Elena algunas páginas de historia, de las cuales hay que desconfiar, porque tienen la tendencia de justificar al gran conquistador; pero son preciosas cuando nos descubren su pensamiento íntimo. Escuchemos sus confidencias respecto á la carta famosa del primer cónsul al rey de Inglaterra: “Napoleón tenía entonces necesidad de guerra: las campañas de Italia, la paz de Campo-Formio, la campaña de Egipto, la jornada del 18 brumario, la opinión unánime del pueblo para elevarlo á la suprema magistratura, lo habían sin duda colocado bien alto. Pero un tratado que hubiera derogado al de Campo-Formio y anulado todas sus creaciones de Italia; hubiese abatido las imaginaciones y le hubiese quitado lo que le era necesario para terminar la Revolución y establecer un sistema definitivo y permanente. Lo sentía; esperaba con impaciencia la respuesta del gabinete de Londres. Esta respuesta le llenó de una secreta satisfacción; cuanto más los Grenville y los Chatam se complacían en ultrajar la Revolución y en manifestar ese desprecio que es la dote hereditaria de la oligarquía, tanto más servían los intereses secretos de Napoleón, que dijo á su ministro: Esta respuesta no podía ser más favorable. Presentía desde entonces que con políticos tan apasionados no se le presentarían obstáculos para cumplir sus altos destinos,, (1).

¡Así pues, el paso que los historiadores encuentran tan decoroso, tan serio, era una comedia! La paz, escribía el primer cónsul, era la primera de las necesidades, y pensaba que la guerra era una necesidad. ¿Una necesidad para quién? Para el Bonaparte. La Francia hubiera aún hecho la más gloriosa de las paces abandonando las creaciones de Italia á las cuales el primer cónsul estaba tan

(1) Memorias de Napoleón, escritas en Santa Elena, por el general Montholon.

apegado. ¿Para qué, pues, el jefe de la república tenía necesidad de la guerra? Estaba ya colocado bien alto, pero quería subir más alto aún. ¿Para qué? Para terminar la Revolución, dice. Léase: para colocarse en el lugar de la Revolución. Porque tiene sus altos destinos que llenar. Se regocija, pues, mucho de la obcecación apasionada de los ministros ingleses. Son instrumentos de su grandeza. Le suministran los pretextos de guerra; necesita la guerra y el prestigio que da á los ojos de una nación loca de gloria militar. ¿Cuál es, en definitiva, el fin de Bonaparte? Su grandeza personal. Este es el ideal del egoísmo. Sólo que hay que añadir que estaba muy convencido que su grandeza y la de la Francia eran inseparables.

#### N.º 2.—Los votos de la Francia.

##### I.

¿Por qué Bonaparte, el hombre de la guerra, afectaba el amor á la paz? Porque ese era el deseo de la Francia, cansada ya de ocho años de guerra, en medio de una revolución que había trastornado la sociedad hasta en sus fundamentos. Si la nación aplaudió el golpe de Estado del 18 brumario, fué con la esperanza que el soldado de genio que llamaba al frente de la república imponería la paz al mundo. Era más bien al pacificador de Campo-Formio al que aclamaba que al conquistador. Escuchemos á un miembro del Cuerpo legislativo: “Un conquistador es el terror y el azote de la humanidad. El pacificador del mundo es su consolador y su amigo. El poder del uno, cimentado en la sangre, es odioso y frágil. Los derechos del otro, cimentados en el amor y en el agradecimiento, están á prueba de los golpes del tiempo y de las vicisitudes de la fortuna. La memoria de los héroes no vive más que en la historia. La de los bienhechores del género humano vive para siempre en los corazones. Tal es el destino del primer cónsul,, (1).

La victoria de Marengo y el armisticio que siguió á ella colmaron los deseos de la nación. No se dejó llevar por ese triunfo maravilloso á ideas de conquista. Á Francia le gusta la gloria de las

(1) BERGERAS, Discurso en la sesión del 16 germinal, año X (Archivos parlamentarios, t. III, p. 440).

armas, pero en 1800 estaba fatigada; por otra parte, las guerras de la república, á la vez que la gloria, la habían dado los límites del Rhin, por tanto tiempo ambicionados. No le quedaba más que un deseo, el de gozar de los beneficios de la Revolución. Si á esto se añade una predicación secular de la paz hecha por los filósofos, se comprenderá que los sentimientos de una raza militar por excelencia hayan sido pacíficos. Exagerada en todo, la Francia tenía en 1800 una verdadera pasión por la paz. Después de la batalla de Marengo, Daunou, una de las figuras más puras de la Revolución, fué encargado de hacer un informe al Tribunalado; su lenguaje es el del 89: “El augusto pensamiento de la paz se presenta á todos los espíritus. ¡La paz! Los pueblos extenuados, las familias en duelo, los talleres desiertos y los campos devastados la reclaman. ¡Ciertamente! Ocho años de carnicería y de horrores son bastante larga experiencia; la impotencia de las coaliciones debe parecer suficientemente demostrada, la república bastante invencible... No, no hay deseo, no diré tan sólo más nacional en Francia, mas verdaderamente europeo, como el de una negociación tan franca como rápida, tan generosa como ilustrada, como el de un tratado solemne, á la vez garantizado por la extrema dificultad de infringirla impunemente y por el interés que cada gobierno tendría en mantenerla. Los homenajes de la admiración pública son la recompensa de la victoria; pero en la Europa entera, entre los vencidos, las bendiciones de los pueblos están reservadas á los autores de una pronta y durable paz,, Sobre el informe de Daunou, el Tribunalado dirigió una exposición á los cónsules, en la cual se lee: “Que el primer cónsul vuelva vencedor y pacificador, tal era, en ventoso último, el deseo, ó más bien el presagio del Tribunalado. La paz es la necesidad de los pueblos, es el interés más verdadero de los gobiernos; el Tribunalado sabe que es el objeto de los trabajos del gobierno francés. ¡Pueda el armisticio de Marengo ser el preludio del reposo y de la felicidad de las naciones,, (1).

El primer cónsul había prometido que esta guerra sería la última. Después de la victoria de Marengo, se creyó que la promesa del joven ven-

(1) DAUNOU, Informe respecto á los acontecimientos que han precedido y seguido á la victoria de Marengo (Archivos parlamentarios, t. I, p. 595).